

de derechas». El editorial se titulaba «Carrillo, *El Platanito*», en alusión a un torero entonces muy conocido, pero poco serio. De hecho, Carrillo se convirtió en una víctima favorita de las sátiras, en parte como líder de un partido que encarnaba la tradición de la izquierda radical y que, sin embargo, apoyó firmemente el consenso, de la Transición, y en parte, me temo, porque sus propios rasgos físicos se prestaban mucho a la caricatura. Véase el poema *Poesía eres tú* que publicó *El Jueves* en agosto de 1977: «Su medida y su pudor, señor/ transforman el mar en lago, Santiago/ y en flores hoz y martillo, Carrillo./ O se acaba este baratillo/ o el mismo Blas Piñar/ sus posturas va a apoyar,/ señor Santiago Carrillo.»

En comparación, el PSOE y Felipe González recibieron muchas menos críticas, quizá porque, desde la perspectiva de los lectores de estas publicaciones, poco cabía esperar de un partido socialdemócrata y, por tanto, poco desencanto hubo, y quizá, también, porque Felipe sintonizaba mejor con las esperanzas de un cambio, si no radical, sí significativo. Tras el triunfo socialista de 1982, Ivà publicó en *El Pápus* una viñeta muy representativa: un tipo del pueblo con cara de cabreo va diciendo «Me cagüen en el capitalismo. Me cagüen Usedé (...)», cuando otro tipo popular loco de contento le interrumpe para decirle exultante:

«Los socialistas han ganao las elecciones», tras lo cual el otro retoma su letanía con una nueva letra: «Mecagüen el socialismo. (...) Mecagüento». Me atrevería a decir que es una viñeta autoirónica: se trata de poner a parir a los de arriba, sean quienes sean.

Algunos temas seguían siendo, sin embargo, tabú. No se atacaba el rey, ni tampoco al Ejército: en realidad nadie quería ver a los «submarinos» en las calles. Tampoco aparecen ataques a la banda terrorista ETA, y sería interesante saber por qué. Había, en cambio, una actitud hacia algunas mujeres activas en la política que hoy

representaría una extrema incorrección política. He aquí cómo saludó *El Jueves* a la primera ministra de la Transición, Soledad Becerril: «Leopoldo Calvo Sotelo ha decidido ponerle un piso, perdón, un ministerio a la chiquita más aparente que queda en UCD».

En resumen, *La satírica Transición* ofrece un acercamiento fresco y ágil a la historia de la Transición, que acerca al lector a algunas sensibilidades del período y lo hace de manera muy amena (los historiadores no estamos obligados a ser aburridos), gracias, sin duda, al gran talento de aquellos humoristas, pero también a la buena pluma de Gerardo Vilches.

Juan Avilés Farré

Universidad Nacional de Educación a Distancia

I. SÁNCHEZ-CUENCA

Las raíces históricas del terrorismo revolucionario

Libros de la Catarata, Madrid, 2021

El profesor Sánchez-Cuenca nos presenta los resultados de un trabajo de varios años. Su objetivo era la investigación sobre ese ciclo expansivo del uso de la violencia en buena parte de la izquierda, y que se inicia de manera paralela a las primeras fisuras de crisis del Estado del Bienestar de finales de los años 60. Tema complicado de abordar, nada fácil de acercarse a él si no es con los propios materiales de las respectivas organizaciones. En esto, el autor utiliza otra vía que es la de realizar un ejercicio de comparación que le resulta indispensable para salir del análisis autorreferencial.

Surge un nuevo mundo al final de esa década, nuevas realidades sociales tras el natural agotamiento del rentable modelo productivo de posguerra..., pero también la violencia. Esa violencia cuya anulación en la medida de lo posible había sido el principal motor de creación de la 'sociedad del bienestar'. El autor denomi-

na a esta explosión de violencia una ‘mutación’ de la izquierda. La respuesta radical surge en numerosos lugares, especialmente en países de un alto poder adquisitivo, pero interpreta que realmente solo funcionó con cierta trayectoria consolidada en Italia, España, Japón y Alemania.

Este es un primer elemento del análisis que inquieta y sorprende, porque las democracias opulentas suelen ser sistemas muy estables. Sin embargo, Sánchez-Cuenca indica que no viene únicamente determinado por la cuestión de la ‘renta per capita’: el apoyo a posiciones extremas depende fundamentalmente de una percepción más o menos extendida sobre la legitimidad del Estado, de la credibilidad en el mismo como institución solucionadora de conflictos sociales.

En su análisis establece hasta seis indicadores para clasificar a estos países y someterlos a análisis: su pasado vinculado con el terrorismo anarquista; el grado de consideración de quiebra de la democracia en sus respectivas sociedades; la existencia previa de sucesos de guerra civil; la percepción social respecto a la desigualdad en la propiedad de la tierra; y, finalmente, la relación que existe entre las fórmulas establecidas de capitalismo liberal y su implicación en la industrialización.

Es el propio autor el que nos define de manera muy gráfica el proceso bajo el que, entre estos sectores, se extiende la opción de la violencia: en la página 19 indica que ‘los efectos de este nuevo radicalismo (la chispa) variaron dependiendo de las condiciones históricas en cada país (el nivel de oxígeno)’. En la página 203 califica estas acciones realmente como ‘un desafío al monopolio estatal de la violencia’.

Y es que, lógicamente, no son solo causas endógenas o propias de estos movimientos las que generan toda esta reacción en cadena. Se puede observar cierta incidencia en el desarrollo de estos movimientos en la intensidad de la represión ejercida desde el Estado, que se en-

cuentran en cierta medida sorprendidos ante estas formas novedosas de protesta: se encontraban muy poco capacitados para contenerlas. En medio de las oleadas de violencia, de los golpes que no se sabe muy bien de dónde vienen, se va aprendiendo paulatinamente con los hechos. Especialmente en los primeros momentos se reacciona de manera poco efectiva ante las protestas, que en su inicio fundamentalmente proceden del elemento estudiantil, convertido ahora en nuevo vector con protagonismo social.

Más allá de la aplicación de los seis indicadores, la pregunta principal reside en comprobar a lo largo de este muy detallado estudio si el terrorismo revolucionario ocurrido tras la crisis de 1968 se concentra en el grupo no liberal de países que conforman los cuatro señalados –Italia, España, Alemania y Japón–, precisamente aquellos con un pasado más consolidado de dictaduras o fascismos. Se interroga sobre si puede existir esa vinculación con un desarrollo no liberal del Estado de entreguerras, o si esa característica común los condiciona de tal manera que provoca en determinado plazo de tiempo un retorno y extensión de la violencia. En el período que va de la primera a la segunda guerra mundial, todas estas sociedades tienen sistemas democráticos imperfectos, escasamente cimentados, y que se mostrarán a medio plazo marcados por una deriva hacia regímenes totalitarios.

Si bien el punto de salida de estos movimientos son los años finales de los sesenta, llega a su punto de mayor expansión a finales de los setenta, cuando observamos también el impacto real de los problemas derivados de la crisis económica del petróleo y, consecuentemente, la aparición de un mayor número de conflictos ante la resolución política y económica de esta. En esta evolución de poco más de una década, el objetivo primero de estos grupos reside en aplicar la violencia para movilizar al

supuesto objeto ‘pueblo’ y llevar adelante un proceso revolucionario. Pero, como explica Sánchez-Cuenca, de manera progresiva en todos ellos va orientándose la utilización de estas herramientas violentas –en varios niveles y grados– en el objetivo exclusivo de la supervivencia de la organización. De hecho, al cabo del tiempo, la violencia es el activo que hace subsistir al grupo, amenazado paulatinamente por el creciente aislamiento social.

Y es que, dentro de sus características, una que resulta común a todos ellos es el hecho de que todas son organizaciones con un contenido muy individualista. Aunque la relación entre partidos y organizaciones existe con relaciones más o menos continuas, más o menos esporádicas, nunca actúan de manera conjunta. Es cierto que se muestran especialmente activas en buscar contactos más firmes en la década de los ochenta, cuando cada vez es más visible la amenaza del Estado.

Resulta curioso observar cómo en su final pocas organizaciones terroristas anuncian su disolución: solo RAF, IRA, ETA... Algunas cuestiones que se echan en falta en la obra es la falta de análisis sobre ETA, con lo que la intensidad y relevancia del fenómeno en España se ve reducido únicamente a la actividad de los GRAPO. Interesante resulta también observar la evolución de algunas de estas estructuras, como el final del Ejército Rojo de Japón, que termina en 1972 en un singular proceso de total ‘degradación’ interna, con torturas y asesinatos entre los propios compañeros.

Resultan de enorme interés las numerosas tablas y gráficas con análisis temáticos muy sugerentes en torno a la realización de esquemas comparativos y conclusiones. En resumen, un trabajo excelente, especialmente ante la complejidad y dificultad de abordar esta temática, pero que resulta muy necesario de entender y explicar. Como dice Sánchez-Cuenca en la página 238, pretende buscar respuestas a cómo

se produce ‘el paso trascendental de matar personas’. Resulta sencilla de entender la motivación investigadora...

Emilio Grandío

Universidad de Santiago de Compostela

GONZALO PASAMAR

La Transición española a la democracia ayer y hoy

Marcial Pons, 2020

La monografía del profesor Pasamar incide en un tema siempre presente, aunque temporalmente nos separe varias décadas. Siempre reiterada, siempre citada, la transición a la democracia en este país sirve como ‘causa’ o ‘efecto’, dependiendo de las voces que se escuchan. Pero no podemos negar que sigue siendo de actualidad. La obra en concreto es un estudio de memoria cultural, usos públicos e historiografía de la Transición española, con una excelente relación de listados, con todo tipo de recorridos cronológicos de esos años.

Desde el primer momento el autor divide un momento pre y pos ‘Arias Navarro’. Califica este gobierno como un ‘gobierno imposible’, pero también destaca el hecho de que la primera línea que se marca tras la muerte del dictador por el nuevo Jefe de Estado, don Juan Carlos, es claramente continuista. Pero no funciona. No se observa posibilidad de adaptación a la nueva realidad por esta vía. En estas primeras páginas sobrevuela por encima de este relato el papel que pudo tener Carrero en esos años, incluso después de su muerte. Su huella fue notable, ya que sobre él se edificó buena parte de los pilares del franquismo desde sus comienzos, pero también se basaba su continuidad. La tentación permanente del ¿qué hubiera pasado si...?

Pero si, por un lado, está la construcción de esa versión amable y positiva de los hechos acaecidos pocos años antes con gran celeridad,